

## HOMILIA INTEGRAL DEL SR. ARZOBISPO DE VALENCIA EN LA MISA EXEQUIAL POR MONS. VICENTE JUAN SEGURA

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Nuncio de Su Santidad en España. Estimados hermanos en el episcopado. Saludo de manera muy especial, al señor Obispo de Ibiza, diócesis a la que Don Vicente sirvió durante tantos años. Ilustrísimos señores, Vicario General y Vicarios Episcopales de Nuestra Archidiócesis. Excelentísimo Cabildo metropolitano.

Estimados hermanos en el sacerdocio de esta archidiócesis de Valencia o de la diócesis de Ibiza, diáconos y seminaristas. Estimadas religiosas, saludo de manera especial a las hermanas de la congregación de Marta y María, que con tanto afecto han atendido a don Vicente durante los años de su ministerio episcopal y de manera muy especial por la delicadeza que han manifestado durante el tiempo de su enfermedad. Estimado don Salvador, hermano de don Vicente, familiares de don Vicente, amigos, hermanos y hermanas todos en el Señor.

Don Vicente, después de 43 años de vida sacerdotal, de los cuales los últimos 19 años y medio los vivió al servicio de la diócesis de Ibiza y de Valencia, ha llegado al final de su peregrinación por este mundo. Nuestra celebración de hoy es una súplica confiada para que este final de la peregrinación por este mundo haya sido también una llegada a la meta que Dios quiere y desea para todos sus hijos.

Don Vicente que nació a la vida y a la fe en Tavernes de la Vall digna, vivió desde niño su cercanía a la Iglesia. Su relación con el entonces párroco de su pueblo, don Ricardo María Carles, que años más tarde le ordenó sacerdote en su parroquia natal y a quien el Papa San Juan Pablo II, nombró cardenal, fue decisiva en su vida, primero como creyente cuando lo conoció como párroco y también en su vocación sacerdotal y en el ejercicio de su ministerio episcopal. Una vocación sacerdotal que se concretó cuando en el año 1977 ingresó en el seminario diocesano para iniciar su preparación para el sacerdocio.

Una formación que completaría en el Real Colegio Seminario de Corpus Christi, institución que siempre llevó en su corazón. Como todo joven que quiere ser sacerdote, él sentía el deseo de hacer realidad en su vida las palabras del Señor que hemos escuchado en el Evangelio: El que quiera servirme que me siga”.

Quería hacer de su vida un servicio al Señor y a la Iglesia, dos cosas que él nunca separó, para él servir al Señor era trabajar por la Iglesia. Sus primeros servicios en el ministerio sacerdotal, primero incluso antes de ser sacerdote como seminaristas, tuvo unas experiencias en los campamentos de verano para los niños del colegio de San Francisco Javier, regentado por las hermanas de la Caridad de Santa Ana. Unas experiencias de atención a niños pobres que le marcaron profundamente y ya siendo sacerdote en la parroquia de San Antonio Abad de Cullera, donde también tuvo una gran actividad en la pastoral juvenil. He visto a algunos de los jóvenes que en aquel momento tuvisteis relación con él y que estáis aquí presentes.

Llamado al servicio de la Santa Sede, desempeñó importantes servicios en diversas Nunciaturas, entre las que hay que destacar su trabajo en la Nunciatura de Mozambique, donde vivió momentos especialmente delicados por la situación conflictiva que en aquel momento se vivía en aquel país.

En nuestras reuniones de condiscípulos nos contó en algunos momentos alguna de estas experiencias y todos quedábamos impresionados. La figura de San Juan Pablo II, con quien colaboró estre-

chamente desde la Secretaría de Estado, le configuró espiritualmente, sentía hacia el Papa Santo una gran admiración. Como sabemos, su ministerio episcopal se desarrolló fundamentalmente en Ibiza y en todo momento intentó dar lo mejor que salía de sí mismo para esta diócesis hermanas.

A lo largo de una vida sacerdotal, de una vida episcopal, vivido al servicio de la iglesia, sin duda alguna su paso, su servicio habrá hecho un gran bien. Pensemos a las personas que habrá conocido y a las que habrá llevado a Cristo, personas a las que en algún momento de su vida habrá aconsejado, habrá perdonado en nombre de Cristo, los habrá animado a seguir en el camino de la fe, y los habrá exhortado a vivir en comunión con la Iglesia. Nuestra celebración de la Eucaristía tiene que ser un momento de gratitud al Señor.

Le agradecemos esta vida de seguimiento del Señor, de servicio a la Iglesia, vivida con una piedad, con una religiosidad que nunca perdió su sencillez a pesar de los importantes cargos que tuvo en algunos momentos. Agradecemos al Señor su servicio prestado a la Iglesia. En el caso de don Vicente, el trabajo dio paso a la enfermedad, una enfermedad que fue desgastando sus fuerzas y su persona.

En estos momentos, la vida sacerdotal y episcopal adquirió en él una nueva dimensión, ya no bastaba seguir y servir al Señor, estaba llamado a vivir para el Señor y a morir para el Señor. En el fondo, los cuatro verbos que hemos escuchado en la palabra de Dios que se ha proclamado, servir, seguir, vivir para el Señor, morir para el Señor, los ha hecho él vida a lo largo de todo su ministerio sacerdotal y episcopal.

En el trabajo, un sacerdote quiere dar la vida por el Señor, vive para Él, pero cuando llega la enfermedad, el sacerdocio se convierte poco a poco en un puro vivir para el Señor. Y cuando llega el momento en un morir para el Señor, es cuando llega el momento de la enfermedad, cuando en palabras del Papa Benedicto XVI, en una meditación dirigida a los sacerdotes, el sembrador que ha pasado toda su vida trabajando y sembrando el Evangelio, trabajando en la viña del Señor, debe transformarse en grano de trigo que cae en tierra y muere para poder dar fruto.

Así han sido los últimos años de don Vicente, unir muriendo asimismo para abrirse de este modo a la vida de Dios. Nuestra celebración de hoy es también un momento de súplica humilde y confiada en la que le pedimos a Dios en primer lugar que haya acogido a don Vicente en su misericordia, que le haya concedido el premio prometido a sus servidores, fieles y solícitos. El momento de la enfermedad es el momento en el que las personas experimentamos radicalmente nuestra pobreza.

El momento de la muerte es el momento donde la experiencia de la pobreza del ser humano llega a ser una pobreza extrema. Una experiencia de pobreza por la que todos hemos de pasar, aunque nos sintamos grandes e importantes en algunos momentos de nuestra vida. Y en este momento, en el que las personas estamos llamados a vivir la experiencia máxima de la pobreza, confiamos que ese momento será también cuando experimentaremos la máxima misericordia de Dios.

Porque Dios muestra su misericordia hacia los más pobres y humildes de corazón. Y cuando llega el momento de la enfermedad y de la muerte, todos nos convertimos en pobres y humildes de corazón. Por eso, en esta eucaristía, le pedimos a Dios que don Vicente, que ya habrá comparecido ante el trono de Dios, lo hemos escuchado en la primera lectura, todos compareceremos ante el tribunal de Dios, se habrá presentado ante el Padre con esa pobreza que vivió durante los últimos años de su vida y habrá experimentado la misericordia máxima del Padre.

En el Evangelio hemos escuchado unas palabras consoladoras del Señor: a quien me sirva el Padre lo honrará. Es una palabra, una promesa llena de esperanza, una promesa de consuelo, una promesa a los servidores fieles y solícitos, una promesa que confiamos esperanzados que se habrá realizado

en don Vicente. Ponemos también a don Vicente bajo la mirada amorosa de la Mare de Déu dels Desamparats. Es una devoción que él tenía grabada en su corazón. A Ella se lo confiamos en ese momento en que ha pasado de este mundo al Padre”.

María, la Mare de Déu ha sido para él causa de alegría en muchos momentos, auxilio y protección, consuelo y motivo de esperanza. Confiamos en que Ella lo habrá acogido como un hijo que le amaba de verdad con sinceridad de corazón y que le habrá abierto las puertas del cielo. Que así sea.

*Lunes 14 de Octubre de 2024*